

Recensiones

Reviews

Odo MARQUARD, *Individuo y división de poderes*, Madrid, Trotta, 2012.

Odo Marquard nos ofrece en este libro un conjunto de ensayos dedicados a la defensa de un escepticismo fundado en una filosofía de la finitud. Los textos proceden de diversas épocas comprendidas entre 1984 y 2003 y, por lo que sabemos del autor, puede bien ser la última de sus publicaciones en libro. Por eso tiene algo de despedida y de clausura. Aquí tenemos el legado de Marquard, una forma de hacer filosofía que ni renuncia al rigor ni a la popularidad, una forma de Ilustración que puede ser funcional en la sociedad de masas y que pueda aspirar a ofrecer un sentido del liberalismo por completo ajeno a lo que se nos vende hoy como tal.

Liberalismo es escepticismo, podría decir la divisa. ¿Pero qué es escepticismo? De forma muy clara, nuestro autor nos dice que “el escepticismo no es la apoteosis de la perplejidad”, como lo han entendido algunos autores anglosajones, que dejan la toma de decisiones entregada a la pulsión o al desnudo interés. Para Odo Marquard, escepticismo es “la sensibilidad para la división de poderes”. No se crea que esto viene a significar lo mismo que ser sensible a la

doctrina de Montesquieu, por mucho que este autor sea desde luego un antecesor de la línea de Odo Marquard, ya que no sólo el poder, sino también necesita para él de límites (71). “La división de poderes políticos solo es un caso especial de esta general división de poderes de la realidad” (72). Lo que quiere decir Odo Marquard por división de poderes es algo más profundo y no concierne a la constitución política de un Estado, sino a la constitución del ser humano. La división de poderes es la estructura de la finitud. Esta misma es la estructura de la libertad. La tesis podemos ponerla en relación con Max Weber: la realidad del ser humano es finita porque no depende de un núcleo absoluto de autonomía. Al contrario, depende de su inserción en un conjunto plural de realidad, ninguna de las cuales puede ser completamente reducida a las demás. Lo que en clase se explicó como división de esferas de acción weberiana, ahora es elevado por parte de Marquard a otros tantos poderes que reclaman la atención del ser humano. El ser humano es libre porque “existen muchas realidades que lo definen (muchas convicciones, tradiciones, historias, poderes sagrados, formaciones políticas, fuerzas económicas, culturas y otros determinantes)” (11). Escudado en unas y otras, puede resistir

a cualquiera de ellas que pretenda ser la única, la omnipotente, la dominadora. La manera en que cada ser humano organiza y administra la división de poderes entre cada una de ellas es precisamente lo que lo constituye como individuo. “Sola divisione individuum”, solo la división de poderes funda el individuo.

Con ello, Odo Marquard ha recuperado la duda, la clave del escepticismo, como una variación de la ética. Sabemos que la función de la duda en el pirronismo era en cierto modo un potencia ética al servicio de lo que el epicureísmo llamaba la “ataraxia”, Elimina las molestias que surgen de un no-saber absoluto tanto como las que proceden de un absoluto saber. En ese sentido, es una aplicación del principio aristotélico del “nada en demasía”, ni respecto al saber ni respecto al no-saber. No es que el escéptico no sepa nada. No sabe nada “absoluto”, en el sentido en que un platónico podría haber dado al saber. La consecuencia es una forma de vida precavida y considerada y la lentitud respecto a los cambios es su consigna. En el fondo, al hacerlo, se da una licencia para experimentar y juzgar por sí mismo, y en este sentido es la condición básica de quien aspira a ser un individuo. Mientras tanto, el individuo tiene que hacer valer la experiencia de la vida, esa “herencia que ya nos ha aceptado” y que constituyen nuestras costumbres. En su falta de necesidad, sin embargo, son justamente el centro de nuestra identidad. El individuo, como tal, sólo puede ser la aceptación de la pura contingencia. Aceptar esto no es una falta, sino la aceptación de nuestra normalidad histórica (70).

Por tanto, como conclusión, solo los

escépticos son sensibles a la individualidad, a la singularidad. Dudan no por un capricho, sino porque saben ver en el individuo diversas tendencias reales, diversas fuerzas o poderes. Al hacerlo así, su duda brota de una mejor sensibilidad a la estructura plural de la realidad. Para conocer a un individuo, en este sentido, observar es más importante que inferir. La obediencia de Marquard al programa ilustrado tiene que ver con este hecho: se trata de percibir mejor la realidad, la nuestra y la de todos.

La elevación de esas realidades que nos constituyen en tanto individuo a “poderes” no es una broma de Marquard, muy dado a las bromas. Es más bien una necesidad que viene impuesta por el sencillo hecho de que, como sabía Max Weber, cada una de ellas configura un fragmento de la sociedad y describe lo que podemos llamar una institución. Así que la sensibilidad para la división de poderes, que caracteriza al escéptico, en el fondo incorpora una sensibilidad para las instituciones. Esto hace del ser humano un ser institucional.

Lo que quiere decir Marquard al llamar al hombre un ser institucional es que no es un ser absoluto. Ninguno de los poderes que constituyen al ser humano es absoluto y si lo fuera entonces el ser humano estaría en dependencia de una omnipotencia que, en general, coinciden con la presencia de la muerte. Por eso, cada institución le pone en contacto con una realidad que es parte de una historia, fragmento de una sociedad, y busca compensar muchas veces el carácter fragmentario de cada una de ellas con la compensación que puede venirle de otras. Esto procede

de uno de los rasgos decisivos del ser humano y de su finitud: su falta de tiempo, el hecho de que no pueda bastarle con el pasado ni con el futuro, sino con una compensación de ambos. De ahí la necesidad de atender a las instituciones del pasado y de atender a las instituciones de futuro, a las formas de la aceleración y la formas de la lentitud. Esto significa atender a las instituciones que buscan el progreso y a las instituciones que buscan preservar la memoria. El ser humano no puede reconciliarse sólo con una parte de esta dualidad. Debe así compensarlas. Así compensa el desencanto del mundo de Weber con el reencantamiento de lo estético, lo global con lo local, la innovación con la preservación

Compensar es todo lo que puede hacer el hombre que no goza nunca de realidad absoluta, que no tiene otra cosa que finitud. Por eso, si el atributo del ser humano es la finitud, el rendimiento de las funciones humanas sólo puede estar regido por la lógica de la compensación. Frente a la religión de salvación, la compensación no redime, solo compensa. La compensación es la recompensa por la renuncia a la omnipotencia. Para Marquard, sin embargo, aunque esta compensación no sea un bien grande, en el fondo evitar el mal mayor, la creencia de que el ser humano puede encontrar un único bien que imponer a los demás. En este sentido, el individuo es la forma de vida que evitar a la vez el bien radical y el mal radical, que en cierto modo vienen a ser la misma cosa. Este es el sentido aristotélico renovado de Odo Marquard y su alabanza del término

medio como otra forma de aceptar la división de poderes (cf. Todo el capítulo sobre “Super-nosotros, observaciones sobre la ética del discurso”, pp. 37-71). El sentido del individuo de Odo Marquard no se opone así al bien total, sino a las ilusiones del bien total, que es lo único que nos está dado.

Es entonces bastante curioso comprobar cómo Odo Marquard, en su defensa del liberalismo cívico, ofrece una teoría que tiene su mayor aspiración en la defensa del individuo, justo contra las formas de vida procedentes de la globalización y del neoliberalismo, que aspira a reducir la experiencia y la pluralidad tanto como sea posible, en beneficio de una homogeneización que sólo tiene una opción aceptable para todo el mundo. Por eso es importante comprender cómo el individuo se puede ver sacrificado de muchas maneras, en las que la filosofía de la historia del progreso se ha expresado a menudo. Así, se ha instrumentalizado al individuo en tanto que soporte para el progreso, reclamando su autolimitación para facilitar la consecución de las grandes metas de la humanidad, presionando su vida cotidiana real con las reflexiones de lo que será el mundo futuro; reduciendo la variedad de la vida y permitiendo solo lo que conduce a ese mundo futuro mejor, en todo caso remitiendo la vida del individuo a un estadio posterior a su propia vida y deseando como estado de perfección aquella dimensión de universalidad en la que el individuo no sea ya significativo.

Odo Marquard sabe que este valor del individuo debería vincularnos al enun-

ciado básico del mundo de la Ilustración que hace del individuo un fin en sí. Esta es la base de su defensa del mundo moderno que él caracteriza como dotado del espíritu burgués, pero que sería mejor traducir como espíritu cívico. Frente a todas las ilusiones de la filosofía de la historia, Marquard reconoce que puede que el universo del civismo moderno no sea de nuevo el mejor mundo posible, pero no es una catástrofe inmensa, sino un éxito sin precedentes de evitación de males. Así puede decir que “de todos los mundos históricos que nos es dado alcanzar, es el más digno de ser preservado” (66). De este modo, Marquard, con su alabanza de la experiencia y de la tradición, se ha convertido en el liberal que pone un muro a la destrucción liberal del mundo.

José Luis VILLACAÑAS BERLANGA

Javier LÓPEZ ALÓS, *Entre el trono y el escaño. El pensamiento reaccionario español frente a la revolución liberal (1808-1812)*, Madrid, Publicaciones del Congreso de los Diputados, 2011, 316 pp.

En los últimos años, el debate sobre la crisis de la democracia en España ha visto renovada la envidia perdida, quizá, desde los tiempos de la Transición. La segunda gran recesión ha desvelado los profundos *déficits democráticos*¹ de

la sociedad española que hasta entonces sólo *parecían* latentes. Junto con la bienvenida que hemos dar a esa urgente crítica, hay que recordar que la infatigable tarea de señalar carencias en clave republicana forma parte de la propia manera de ser de cualquier proyecto común que se autodenomine o *se pretenda* democrático. Quizá ésa sea la condición, acaso trágica, que une filosofía y política como caras de una misma moneda desde la antigua Grecia. Ésta nos compele a cuestionarnos y cuestionar la polis no (sólo) en épocas de crisis o tras el agravamiento o visibilización de dificultades, sino cómo método intransferible de nuestro estar en el mundo político.

En el caso concreto de la contemporaneidad española, la crítica republicana pasa necesariamente por la revisión de la estela constitucional desde 1812 (o 1808), cuando España comienza su andadura como Estado-Nación, hasta la Constitución de 1978 y nuestro maltrecho sistema actual. Precisamente en los albores de este constitucionalismo y en torno a la primera revolución liberal española durante los primeros años del siglo XIX, se sitúa la obra *Entre el trono y el escaño, El pensamiento reaccionario español frente a la revolución liberal (1808-1812)*, de Javier López Alós.

La propuesta fundamental de este trabajo consiste en revisar el pensamiento reaccionario de los años inmediatos a la revolución liberal, que su autor enmarca de manera general entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX y, en concreto, entre 1808 y 1823. López Alós analiza *en qué consistió y de qué modo* la

¹ Utilizo la expresión en el sentido acuñado por Vincenç Navarro a lo largo de su obra *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*, Barcelona, Anagrama, 2006.